

macía sobrehumana de la Iglesia llegando á ser mas y mas intolérable, le atraerá una persecucion mas perfecta y mas gloriosa de parte de sus enemigos. La Escritura nos lo ha predicho, y ni una sola línea de la Escritura quedará sin efecto. Llegará dia en que no se contentarán con negarnos un derecho, sino que se nos negarán todos; fatigado el mundo de obedecernos á pesar suyo y de respetarnos á pesar suyo, tentará un esfuerzo final para sacudir de su piel la lepra de la divinidad. Pero entonces como hoy, nos asistirá la virtud de Dios; atados, impotentes, inmóviles, saldrá esta virtud de nosotros, como salía de la túnica de Cristo, sin que hablemos nosotros, sin que nos movamos, por el efecto mismo de nuestra servidumbre, semejante al perfume que se ha querido encerrar, y que condensado por el obstáculo que encuentra, se escapa por todos los poros mas suave y mas violento; semejante tambien á una fuente que se ha sellado, y cuyas aguas surten hasta el cielo. Así, cuando se haya coaligado el mundo entero para poner el sello á la fuente divina de la santidad, como lo puso en otro tiempo al sepulcro del Salvador, el agua se hará nuevo paso al tercer día, y desengañadas las razas humanas vendrán á abrevarse en su caño mas ancho, mas largo y mas inextinguible.

De la misma manera, Señores, que desplegándose el corazon de Dios en el corazon del hombre produce en él la santidad, mezcla de extravagancia y de sublime, así cuando cae la inteligencia de Dios en la del hombre, debe arrojar en ella necesariamente alguna cosa que no puede ser creada ni demostrada por la razon. Ahora bien, lo que no puede ser creado ni demostrado por la razon, tiene evidentemente un carácter de extravagancia, carácter que no se podría disputar á la doctrina católica. Porque en efecto, ¿qué nos enseña esta doctrina? Un Dios en tres personas, un Dios que ha creado el mundo de la nada, un hombre que ha perdido á toda su raza por una culpa personal, un Dios que se ha hecho hombre, que ha sido crucificado para expiar crímenes cuya responsabilidad no era suya, un Dios presente bajo las apariencias de pan y vino. ¡Qué dogmas, Señores! ¡pues esta es toda la arquitectura de la doctrina católica! Es sobrado evidente que no ha creado la razon ninguno de estos dogmas, y que no podría con sus propias fuerzas demostrar ninguno de ellos. Y así debe ser, porque si la doctrina católica fuese obra de la razon, no sería una obra sobrehumana; si fuese una filosofia, no sería una religion. En lugar de dogmas, tendríais teoremas de matemáticas, y en lugar de estar aquí, estaríais en vuestras casas, porque nada halla-

ríaís aquí que no lo tuvieseis en vuestra casa. Estais aquí porque vuestra razon no ha hecho los dogmas, porque no puede hacerlos ni demostrarlos, porque son superiores á toda razon; estais aquí precisamente porque yo tengo que deciros cosas extravagantes.

Nuestros adversarios creen atemorizarnos mucho con esta sola palabra: Pero lo que suponeis es extravagante. Bien lo creo, ¿y qué tendría que deciros, si no tuviese nada extravagante que decir? ¿Para qué esta pompa religiosa, si no tuviese que enseñaros mas que lo que cualquiera puede saber por sí moviendo los tizones de su chimenea? ¿Qué sería la religion, qué sería el comercio con Dios, si dejasen nuestro espíritu en el mismo estado en que se hallaba antes? Dios se habría puesto en relacion con nosotros y nosotros en relacion con él, para tener la satisfaccion recíproca, el uno de no dar nada y el otro de no recibir nada. Ya veis, Señores, que la suposición no tiene sentido, y que es necesario volver á esta palabra famosa de un doctor: *Credo, quia absurdum.* — *Lo creo, porque es absurdo.* La expresion es sobrado fuerte, pero es fácil reducir su exageracion, y comprender que en efecto, si nada hubiese extravagante en la doctrina, no se creería, se vería todo llanamente. Es necesario, pues, para creer que haya algo que exceda á la razon, y lo que excede á la razon tiene evidentemente para ella un carácter de extravagancia. Por esto decia S. Pablo: *Si alguno de vosotros parece sabio á este siglo, que se haga loco para hacerse sabio* (1).

¡Y bien! me diréis, hé aquí un gran mérito: precisamente es este el mérito de la supersticion que vos combatíais hace poco, tachándola de sinrazon. Voy, Señores, á deciros la diferencia que hay en esto.

En primer lugar, nosotros creemos nuestros dogmas. Mientras que vosotros, sabios y filósofos, no creéis en las propias invenciones de vuestro ingenio, y la duda las mina sin cesar por medio de una sorda infiltracion; nosotros, sacerdotes de Jesucristo, fieles de la Iglesia católica, creemos sinceramente estos dogmas que no ha hecho nuestra razon y que ella no nos demuestra. Los creemos hace diez y ocho siglos, hasta dar nuestra sangre por ellos. Esto es seguramente una maravilla: la duda de la razon respecto de sus propias obras, la fe de la razon hácia obras que no son suyas! Pero hay mas; no solamente creemos en nuestros dogmas, sino que os los proponemos y os los haremos creer, á vosotros, hombres de razon, hombres de orgullo, hombres indignos de nuestra extravagancia. Vosotros vendréis á ella

(1) 1ª Epístola á los Corintios, cap. 3, vers. 18.

un día ú otro ; un día ú otro vosotros traeréis derodillas la adoracion voluntaria de lo que habeis odiado y despreciado. Nada os obliga á ello. Y este fenómeno inimaginable de la conversion de la razon á la extravagancia, no pasa oscuramente en algunas almas perdidas, pasa cada dia á la faz del sol, en una multitud de espíritus. No hay una hora de la Iglesia en que no reciba abrazos largo tiempo rebeldes, en que no haga nacer á la fe y al amor á sus propios enemigos, madre dichosa que es reconocida por aquellos á quienes no ha amantado, que es estrechada en los brazos de los que la atormentaban. Nácenle por la blasfemia, como le nacen por la bendicion. Nácenle en la fuerza de la edad madura, como un efecto de las largas vigiliass de la inteligencia, de las experiencias del hombre de Estado, de las iluminaciones del hombre de genio. Nácenle á la manera que una nave que entra en el puerto despues de las tempestades de una larga navegacion. Se le da la última mirada del espíritu, el último movimiento del corazon, la firme é inalterable palpacion del alma que ha encontrado el objeto de sus deseos y que descansa en él. Tal es su suerte desde S. Pablo hasta Bossuet. ¿Qué decís á esto, Señores? ¿No es esto una eficacia sobrehumana? Porque en fin ¿qué puede hacer os crear? ¿Qué armas ó qué arte posee la doctrina católica para apoderarse de vosotros, que no quereis valeros de ella, para persuadir os de los dogmas inaccesibles á la razon? ¿Qué maleficio ha arrojado sobre vosotros? ¿Quién ha puesto en su mano el resorte invisible de que ella dispone, y por el que os impele, como el esfuerzo superior de vuestro destino, á adorar la extravagancia?

Es cierto que su pretension no es solamente hacer os creer sus dogmas, sino tambien presentárselos á vuestra razon, por superiores que sean. Porque, así como en el órden de las costumbres debe estar unida la extravagancia á lo sublime, es necesario que en el órden de la verdad no esté separada la extravagancia de la luz mas alta. Por esto la doctrina católica, que no ha creado sus dogmas y que no los demuestra, los presenta á la razon, una vez aceptados por ella, como la ciencia suprema de la naturaleza y de la humanidad, como el nudo de todos los misterios, la llave de toda explicacion, el lazo de toda coordinacion del pensamiento, la obra maestra del entendimiento, fuera de lo que *la misma luz luce en las tinieblas*, segun la expresion del apóstol S. Juan. Así como el astro del dia lo ilumina todo sin ser iluminado por nada, así la doctrina católica, primera antorcha del universo, derrama sobre quien no cierra los ojos una irradiacion soberana que le arrebatá y le descubre, con el horizonte

de la eternidad, el horizonte no menos misterioso del tiempo. De aquí una especie de hombres tan nuevos como los santos, uniendo tambien la mas profunda filosofía á la fe mas ardiente, tales como S. Agustin, S. Anselmo, Sto. Tomás, S. Buenaventura, y todos sus iguales, hombres osados como el filósofo y sencillos como el niño, que no retroceden ante una cuestion, ni temen ninguna duda, oyéndolo todo y respondiendo á todo, edificando por la afirmacion el gran edificio de la verdad, defendiéndole por una polémica cotidiana contra todo el que viene, contra todo sitiador. La doctrina católica es la única que haya producido esta clase de hombres: antes de ella y fuera de ella, no hay mas teólogos que santos. Los teólogos son en el órden de la verdad lo que los santos en el órden de las costumbres; ellos están destinados á establecer la supremacia de razon que está en la doctrina católica, como los santos están destinados á manifestar su supremacia moral. A medida que el mundo concibe ilustres literatos para combatir la doctrina de Dios, la Iglesia concibe teólogos ilustres para ponerlos á su frente, para oponer genio á genio, ciencia á ciencia, razon á razon, y asegurar por lo menos á nuestros dogmas el honor de un combate que no termina jamás.

Así pasamos de siglo en siglo, por entre las naciones mas civilizadas, afirmando y discutiendo; afirmando nuestros dogmas como provenientes de Dios, discutiéndolos como si no procedieran de él; elevando á la razon mas alto que ella misma, bajándonos nosotros á ella para darle gusto; igualmente fuertes por la extravagancia y por el raciocinio; despreciados por la una, temidos por la otra, respetados por las dos. Si nos estrecha de demasiado cerca el error; si algunas veces, en la serie de los años, sentimos una vacilacion en la plenitud excesiva de nuestra vida, congregamos un concilio, otro fenómeno, aunque solo es nuestro, cuyo ensayo no soportaria doctrina alguna. Mientras que vosotros disputais, nosotros deliberamos. Nuestros ancianos, jefes y jueces de la doctrina, se sientan en círculo en sus escaños, doblan la rodilla ante Dios, invocan al Espíritu Santo, escuchan una discusion solemne en presencia del universo que los contempla, y levantándose otra vez, seguros de sí mismos y de Dios, magistrados de la verdad, pronuncian la sentencia que une á todos los espíritus, y colocan una piedra contra la que nadie se opondrá ó nadie tropezará sin romperse la cabeza.

Reasumiendo, Señores, tenia que demostrar que la doctrina católica, en el comercio que establece entre el hombre y Dios, evita á un tiempo mismo el escollo de la supersticion y el de la incredulidad.

Ya lo he demostrado. Porque la superstición es un comercio ineficaz en cuanto á las costumbres y en cuanto á la razón; ahora bien, yo he probado que la doctrina católica gozaba de una eficacia sobrehumana de razón, demostración de donde resulta también su poder contra la incredulidad, pues que hace creer á las naciones más civilizadas dogmas que son superiores al entendimiento humano, y todo esto permitiéndoles una discusión de que ella se encarga la primera.

Resta que saquemos las consecuencias necesarias de estas largas premisas, y son las siguientes:

La religión es una pasión de la humanidad; luego es verdadera. Es verdadera, porque no hay nada natural en la humanidad que no sea verdadero. No hay duda que el hombre y la humanidad misma están sujetos á exagerar sus pasiones, y á viciarlas con el exceso; pero no siendo una pasión más que el movimiento de la naturaleza hácia un objeto, sería imposible este movimiento si no existiese el objeto, é imposible también si no estuviese el objeto á nuestro alcance; así pues, por el solo hecho de existir la pasión, el objeto es cierto, y también es cierta nuestra relación con él. No falta pues más que asegurarse si esta relación no es viciosa. Pues bien, en la pasión religiosa, como en toda otra, el hombre ha introducido el exceso, lo falso, lo pueril, lo vergonzoso; ¿cómo discernir, pues, la verdadera religión? Evidentemente en sus frutos, en su eficacia. La religión, que es el comercio del hombre con Dios, no puede dejar de producir, si este comercio es real, algo grande y singular en el género humano. Pues bien, la religión católica es la única dotada de una eficacia sobrehumana de costumbres y de razón; solo ella eleva al hombre á todo cuanto puede ser, y aun algo más; todas las demás religiones caen en la superstición ó se descomponen en la incredulidad; luego la religión católica es la única verdadera. Esta deducción es sencilla y está al alcance de todos los entendimientos, como lo están también los hechos que le sirven de base y de cuerpo. Bastan dos preguntas y dos respuestas: ¿es la religión una necesidad? Sí: luego es verdadera. La religión católica ¿es la única dotada de una eficacia digna de Dios y digna del hombre? Sí: luego es la única verdadera. Las demás no son más que una degeneración debida á la libertad del hombre, que no ha podido renunciar á todo comercio con Dios, y que no ha podido mantenerse á la altura de este comercio.

Vosotros sois testigos, Señores, de que á cada paso que damos en

el estudio de la doctrina católica, estamos obligados á deducir que posee caracteres que son propios suyos y que ninguna otra ha sabido darse. Cada uno de nuestros Sermones hace muchos años que os trae una prueba nueva de esto. Aquí, digo yo cada vez, aquí hay una señal que solo es nuestra. ¿De dónde proviene esto, Señores? ¿Por qué reúne una sola doctrina sobre su cabeza una auréola tan rica, tan variada, á la que ninguna otra puede robar un solo rayo? Proviene, Señores, de que la verdad es todo, y el error no es nada. La verdad es un pozo profundo; cuanto más se cave en él, más agua salta; mientras que el error no es más que una cisterna perdida, como ha dicho la Escritura, *cisternæ dissipatæ*. Cavad un poco, y no encontraréis agua; y el agua misma que está á la superficie es un agua corrompida. Pero la religión verdadera, la religión que ha hecho Dios, la ha fijado profundamente en el centro de la humanidad, como las rocas primitivas de granito que sostienen el mundo: ha ocultado en ella un fuego divino y un agua divina; un fuego al cual ha dicho que arda sin consumirse, un agua á la cual ha dicho que corra sin agotarse. Conforme profundizamos en estos abismos de sabiduría y de amor, descubrimos filones nuevos, ríos desconocidos, receptáculos sin límites, hasta que hiriendo en el centro, habiendo dado el último golpe, brota el agua hasta el cielo, y saciando nuestra sed sin extinguirla, nos lleva hácia el Dios que ha bendecido nuestra alma y que la aguarda.